

## ***EL ACTO ANALÍTICO. SUS INCIDENCIAS CLÍNICAS, SOCIALES Y POLÍTICAS***

*Adriana Hercman*

Del título de la convocatoria al Congreso se desprenden algunas afirmaciones: que el acto analítico posee alguna especificidad y que este acto tiene consecuencias. Esto solo ya abre a varios problemas, porque: ¿qué específica al acto analítico?, ¿cuáles serían las consecuencias o incidencias del mismo? A esto podemos agregar el problema de la verificación o constatación de estas incidencias en lo clínico, lo social y lo político.

En su Seminario, Lacan circunscribe el acto analítico al marco de la transferencia, definida anteriormente como la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente. Entonces, si algo especifica este acto es que sólo se concibe en el interior de la experiencia del análisis. Experiencia que implica al sujeto, que en el análisis es puesto en acto, y al analista en tanto que es quien inaugura y sostiene este acto dando lugar al hacer analizante. Será también el acto en el que el analizante deviene analista.

Desde *Psicopatología de la vida cotidiana*, sostenemos que el síntoma cifra un saber no sabido y que este saber sólo se comprueba por ser legible. El síntoma entonces es montaje de saber y el desciframiento de la letra que lo sostiene lee la articulación de ese saber que se hace sensible como verdad, liberando en ese acto al sujeto del goce que implica encarnar esa verdad. Desde esa lógica, cuando Lacan dice que la dimensión propia del acto es el fracaso o que el acto fallido es el acto logrado es porque en él se trata de una verdad que subvierte el orden de la intención. Es la verdad que interesa al psicoanálisis: la relativa a la falta, a la castración.

El acto analítico es incitación al saber en la medida en que el analizante se dirige al analista en su búsqueda. Pero la paradoja que entraña al acto encuentra al analista haciendo de soporte de la ficción del Sujeto supuesto Saber aún sabiendo –por su propia experiencia- cuál es su destino: el de ser evacuado en el lugar de objeto *a*, que representa el hiato de la verdad-ficción que cae como resto de esa operación. Ahora, si el acto analítico se circunscribe a la transferencia y ésta no se juega *in absentia* o *in effigie*, esto nos envía al problema de la presencia del analista, a su captura en la oquedad del objeto *a*, donde Lacan ubica lo que es del orden de lo ininterpretable.

El analista va al lugar del objeto *a*, saldo de la operación, y el sujeto que al fin del análisis se reconoce causado por este objeto, se realiza en el punto mismo de su división, al tiempo que conquista una verdad de la que será desde entonces incurable.

El acto analítico se soporta entonces de esa ficción que lleva al analista a *hacer de* analista al precio de mostrar la fractura del Sujeto supuesto Saber y su efecto es del orden de una verdad que conmueve la referencia al Otro de la filosofía y de la religión, produciendo un corte en el discurso común y su ilusión de que se es donde se piensa.

Subrayemos que la noción de éxito queda fuera del campo del análisis así como queda fuera la comprensión, cualquiera sea la perfección de los diagnósticos o la experiencia clínica del analista. El acto no es calculable ni verificable según la lógica de mercado que sostiene el discurso del Capitalismo, esa torsión del discurso del Amo, del cual el discurso del analista es el revés. Hacer del acto profesión es salirse del acto analítico y hacer del analista un experto más, un funcionario de la “política de las cosas”.

Recordemos además que el problema de la verificación del acto analítico llevó a Lacan a un verdadero acto político en que, a falta de un Otro que garantice la legalidad y los efectos del acto, propone los dispositivos del pase y la escuela.

Otra cuestión que quiero plantear es por el lugar del analista en la escena social y política. ¿Cómo pensar allí las incidencias de su acto?

Para responder a este problema, es necesario advertir que el acto es la lectura del acto y solo una vaga intuición psicológica puede desconocer esa discontinuidad subjetiva según la cual no hay sujeto responsable del acto

más que el sujeto que es efecto del mismo. Un sujeto que, además, es del orden de una existencia que carece de esencia. Este orden de temporalidad que es propio del acto hace que el acto inaugural del psicoanálisis no esté acabado con el gesto fundador y que entonces la pervivencia de la apuesta freudiana y el llamado de retorno a Freud hecho por Lacan dependa de la renovación de la apuesta hecha cada vez y por cada analista.

El acto sostenido en el discurso del analista constituye una apuesta, donde la postura es el objeto *a*, aquello que hace agujero en el discurso corriente. Una nada que causa, encausa, y orienta el discurso. A diferencia del objeto convertido en mercancía, este objeto que es una nada no es intercambiable, no tiene reflejo especular, no hace comunidad.

Si el acto es acto de decir y el acto de decir es lo que hace existir, el acto analítico es el acto que lleva al decir lo que se tiende a rechazar. Comandado por el objeto *a*, el discurso del psicoanálisis buscará producir una enunciación que logre cavar una falta, una diferencia, allí donde reine el fantasma y cualquier política que no lea en el síntoma una cifra de existencia y atente así contra la singularidad del sujeto. Esto solo es posible en la medida en que cada analista renueve cada vez la apuesta del discurso cuya ética es el deseo.

*Nota: Los contenidos vertidos en este artículo son responsabilidad de su autor.*